

EL ACERO
DE MADRID,

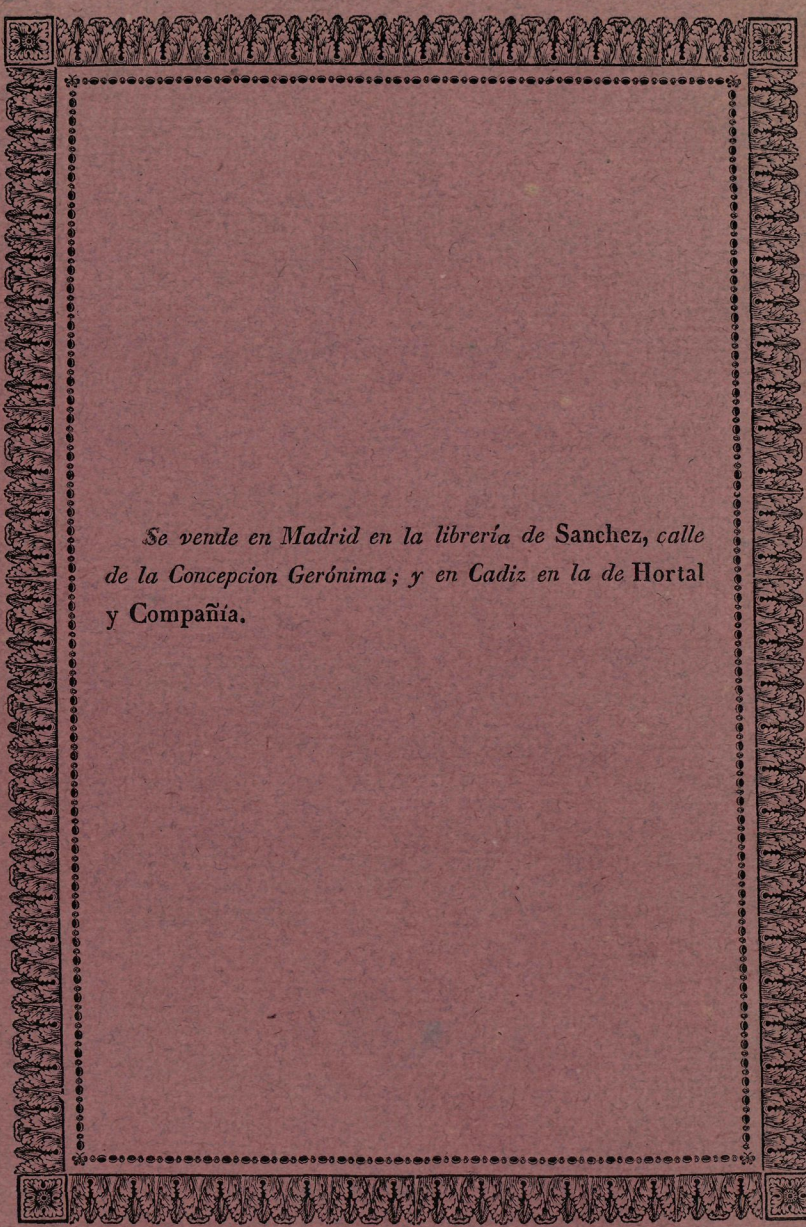
COMEDIA FAMOSA

de Lope de Vega Carpio.



MADRID:
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑIA.

1836.



*Se vende en Madrid en la librería de Sanchez, calle
de la Concepcion Gerónima; y en Cadiz en la de Hortal
y Compañía.*

155

R. 119 662

A. G. j 159/7

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TORONTO

**EL ACERO
DE MADRID,**

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO.



MADRID
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.

1856.

LIBRARY

UNIVERSITY OF MICHIGAN

ANN ARBOR

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY
ANN ARBOR, MICHIGAN
1953



ANN ARBOR

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

1953

EL EDITOR.

El impreso que ha servido de original tiene esta rotulata: *Primera parte de la famosa comedia del Acero de Madrid*: anuncio que prometia una segunda parte.

Moliere, eminente en la malicia y facundia cómicas, para mofarse de los médicos de su tiempo, que eran mas doctos y menos arrogantes que en el nuestro, quiso imitar en *Le Médecin malgré lui*, ó el Médico por fuerza, el papel de Beltran, sin perjuicio de seguir en la trama el anticuado cuento francés de que el anotador Bret nos da noticia. Lo hizo con tan poca gracia, que no pareció posible frialdad mas insulsa, ni mayor inverosimilitud, hasta que el afortunado en fama, muy distante de su liviano mérito, D. Leandro Fernandez de Moratin publicó su *Médico á patos*, que ni es traducido ni imitado de Moliere, y mucho menos dispuesto para seguir el dechado que el gran Lope de Vega inventó.

Moratin era pobrísimo de ingenio y de locucion; y el caudal de lo uno y de lo otro se le consumió en los primeros ensayos: soberbia le quedó siempre; y su gusto literario, que semejaba á debilidad, se le despidió desde los cuarenta años de su edad para arriba.

¿Qué se ha de hacer con el panegirista y con la Academia que premió al elogiante que pospuso á Moliere en prendas y dotes cómicas á Moratin? ¿qué con el otro preceptista *Riojano*, chapucero lenguaraz en prosa y en verso, que coronó su Arte proponiendo á Moratin por dechado perfectísimo en todos los géneros cortos de la poesía desde el epi-

:

grama hasta la lírica sublime? El elogiante y el preceptista tendrán tal vez á menosprecio de D. Tomas de Iriarte el ladearlo con Lope de Vega: el uno un chilindrino, y el otro el ingenio mas grandioso del Parnaso. ¿Qué se ha de hacer con ellos? recetarles, para que no decidan y se callen, el remedio que fue eficaz para que el otro quedase graduado de médico.

Los españoles tenemos otro médico fingido en *El Amor médico*, que Tirso de Molina puso á cargo de una dama discreta, instruida, traviesa y enamorada. La medicina se ejerce voluntariamente en ambas comedias: ejercida por fuerza y por personas incultas no ofrece donayre alguno, ni dispara tiro tampoco contra los que practican esa gerigonzica facultad estando revalidados en ella. El chiste ha de consistir en el buen remedo del estilo de los que estan graduados de médicos; y el escárnio ha de nacer de la facilidad con que se adquieren las exterioridades y frases con que algunos médicos atesoran, y se han hecho célebres por su ciencia y acierto en tantas córtes, capitales de provincias y ciudades populosas. Los grandes lucradores abogados se hallan mas expuestos á pullas cómicas por cuanto aumentan sus ganancias con el trabajo y saber de sus pasantes.

Otros papeles hay en *El Acero de Madrid* copiados vivamente de la naturaleza, lo mismo que en todos los dramas de Lope, en cuya habilidad nadie lo ha vencido, como ni tampoco en los demas géneros de poesía, si se meditan á trozos sus composiciones en aquellos numerosísimos pasages en que obedeció á su númen, y se dejó de conceptos y erudiciones. Muchas de sus bellezas no se perciben bien por lo incorrecto de la puntuacion. El editor ha hecho algo para que esta comedia se reimprima puntuada razonablemente; y no todo, porque no le es dado corregir las pruebas residiendo él en Cádiz y haciéndose en Madrid la reimpression.

EL ACERO DE MADRID.

COMEDIA FAMOSA.

Hablan en ella las personas siguientes:

BELISA, hija de
PRUDENCIO.

TEODORA, beata, tia de Belisa,
y hermana de Prudencio.

OCTAVIO, primo de Belisa, hués-
ped en casa de su tio Prudencio.

LEONOR, esclava de Prudencio.

SALUCIO, criado de Octavio.

LISARDO, caballero, amante de
Belisa.

BELTRAN, criado de Lisardo, y
médico fingido.

RISELO, caballero, amigo de Li-
sardo, galan de

MARCELA, dama libre.

FLORENCIO, caballero, preten-
diente de Marcela.

GERARDO, criado de Florencio.

MÚSICOS.

La escena es en Madrid, corriendo los dias de un mes de mayo.

ACTO PRIMERO.

Salen Lisardo y Riseo.

Lis. Desde aqui la podeis ver.

Ris. ¡Notable ha estado la iglesia!

Lis. Este dia de la Cruz
ponen cuidado en la fiesta.

Ris. Si viérades á Sevilla
lo dijérades de veras.

Lis. Ya he sabido que ese dia
celebran por excelencia.

Ya sale; y sale el aurora:

que esta grada en que pascan

es la prision de la noche

en columnas y cadenas.

Cantad, lisonjeras aves

de las jaulas de esas rejas:

calles de Madrid, volvéos

prados y alfombras de seda:
caballos de aquestos coches,
como animales y fieras,
haced regocijo al alba,
que sale vertiendo perlas.

Ris. ¡Qué bien pintada mañana!

Lis. Es todo amante poeta.

Ris. Pues por Dios que son las doce:

que á mas de las once y media

acabaron el sermon;

y si vuestra dama bella

viene á ser alba á las doce,

harto mas parece fiesta.

Y si porque sale es alba,

ya por lo menos no es fresca:

que á las doce y tres de Mayo

antes secará las yerbas.

Lis. ¡Quedo por Dios! ésta es.

Salen Belisa y Teodora con mantos: la Teodora es tia de Belisa, y ha de traer un hábito de beata, manga en punta, con una imagen de la Concepcion en el escapulario.

Teod. Lleva cordura y modestia: cordura en andar despacio, modestia en que solo veas la misma tierra que pisas.

Bel. Ya hago lo que me enseñas.

Teod. ¿Cómo miraste aquel hombre?

Bel. ¿No me dijiste que viera solo la tierra? pues dime: ¿aquel hombre no es de tierra?

Teod. Yo la que pisas te digo.

Bel. La que piso vá cubierta de la saya y los chapines.

Teod. ¿Qué palabras de doncella! por el siglo de tu madre que yo te quite esas tretas...

¿Otra vez lo miras? *Bel.* ¡Yo!

Teod. ¿Luego no le hiciste señas?

Bel. Fui á caer como me turbas con demandas y respuestas; y miré quien me tuviere.

Ris. Cayó: llegad á tenerla.

Lis. Perdone vuestra merced el guante.

Teod. ¿Hay cosa como esta!

Bel. Bésoos las manos, señor: que, si no es por vos, cayera.

Lis. Cayera un ángel, señora, y cayeran las estrellas á quien dá mas lumbré el sol.

Teod. Y yo cayera en la cuenta.

Id. caballero, con Dios.

Lis. El os guarde, y me defienda de condiecion tan extraña.

Teod. Ya caiste: irás contenta de que te dieron la mano.

Bel. Y tú lo irás de que tengas con que pudrirme seis dias.

Teod. ¿A qué vuelves la cabeza?

Bel. ¿Pues no te parece que es advertencia muy discreta mirar en donde caí para que otra vez no vuelva á tropezar en lo mismo?

Teod. ¡Ay! ¡mala pascua te venga! ¡y cómo entiendo tus mañas...!

¿Otra vez? ¡y dirás que esta no miraste el manecbito?

Bel. Es verdad. *Teod.* ¡Y lo confiesas!

Bel. Si me dió la mano allí, ¿no quieres que lo agradezca?

Teod. Anda: que entrarás en casa.

Bel. ¡Oh, lo que harás de quimeras! (*Vanse.*)

Ris. Ya traspusieron la calle.

Lis. ¡Ay de mí!

Ris. ¿Quién es aquella harpía que la convierte?

Lis. Una tia, que pudiera ser abuela de la envidia: porque es entre frayla y dueña: águila de medio arriba, de medio abajo culebra.

Todos mis intentos muda: ni hablarla ni verla deja.

Escribir es imposible: con mas ojos que Argos vela.

Sale Beltran, criado de Lisardo.

Lis. Aguardé que te apartases de aquella Circe cruel, para que cierto papel á diamantes me feriases.

Y es de valde, aunque me dieras por cada letra un diamante.

Lis. ¿Es burla, Beltran?

Bel. ¿Delante de Riselo burla esperas?

Lo menos he referido: tal favor viene con él que la funda del papel se vale lo que te pido.

(*Muéstrale un guante.*)

Al salir me vió Belisa: hizome con una estrella señas, tan linda que en ella vieras del alba la risa.

Llegó á la pila del agua: fingió quererla tomar; y volviéndome á mirar...

¡mira el enredo que fragua! metió un papel en un guante, y de la cruz lo colgó como perdido: á quien yo luego me puse delante.

Mio es, dije á la gente que á tomar agua llegaba; y el sol, que ya caminaba, volvió la luz á su oriente.

Rióse de la presteza y gracia con que tomé el guante. *Lis.* Muestra; y diré que ha igualado á su belleza su divina discrecion.

Belt. ¿Pues no lo agradeces mas?

Lis. A este guante deberás calzas, ropilla, y jubon.

Belt. ¡Oh milagro soberano y de ningun hombre oido, que un guante hiciese un vestido siendo oficio de la mano!

¿Y el papel? ¿qué das por él?

Lis. Camisas por él tendras.

Belt. ¡Oh papel que has hecho mas que un molino de papel!

y tan semejante fuiste, que os quedais los dos parejos, pues todos mis lienzos viejos limpios y nuevos hiciste.

Lis. ¡Guante! si con vos no hago locuras, es porque quiero ver este papel primero: perdonadme si no os pago el ser cubierta importante

de este precioso favor. Pobre estaba, pues amor pidió limosna en tal guante. ¡Pero qué mucho que en él venga el papel que me envía, pues allá tambien cubria una mano de papel! Y pues por ella lo gano, y de mano tanta fé, con justa causa diré que es pliego de aquella mano.

Belt. Encareces con razon la mano por su hermosura y su fé, pues te asegura que es papel del corazon. Lee, señor, por tu vida.

Lis. Leo poniendo en mis ojos de tanto amor los anteojos, pues hay alma que los pida.

(Lee el papel.)

»Mientras duerme la envidia de esta tia,
 »y la esclavilla, si dispierta, vela,
 »te escribo á media noche, lumbre mia.
 »Y pues vivir no puedo sin cautela,
 »oye dos cosas que el amor piadoso
 »para nuestro remedio me revela.
 »Yo voy fingiendo, mi querido esposo,
 »que estoy descolorida y opilada
 »para engañar un padre tan zeloso
 »y una tia tan mal intencionada.
 »Busca un médico amigo que me vea,
 »y avísale de todo, si te agrada.
 »Este dirá que solo quien pasea
 »con el acero aqúeste mes de mayo
 »sana de aqúeste mal. Porque lo crea,
 »yo fingiré tambien algun desmayo.
 »Daráme los jarabes de livianas
 »cosas, aunque mi amor no teme un rayo.
 »Saldré con este achaque las mañanas,
 »tal vez á Atocha, al Prado, y tal al Soto:
 »que por ti juzgaré las cuestras llanas.
 »Y por si aqúeste velador piloto
 »de mi nave medrosa vá conmigo,
 »no te espantes del hábito devoto.
 »Llévate al lado algun discreto amigo,
 »y dile que con élla finja amores:
 »quizá me dejará que hable contigo.
 »Esto me enseña amor, que mis temores
 »vence con su poder: que amar aprisa
 »no sufre espacio. Si los hay mejores,
 »dime tú los remedios. Tu *Belisa*."



¿Qué te parece? *Ris.* Que creo que su amor y discrecion no tienen comparacion sino en su mismo deseo.
 ¡ Lindo remedio! *Lis.* ¡Extremado!
 ¿ Pero dónde habrá doctor que ayude á mi justo amor?
Ris. Justamente habeis dudado. Aunque mas amigo sea, ninguno lo querrá hacer, aunque le conste el saber el buen fin que se desea. Es el médico el oficio de mas confianza. *Belt.* Amor dió el medio, y dará el doctor.
Lis. ¿ Tienes perdido el juicio?
Belt. Ponedme á mi, si quereis, un hábito doctoral: que yo sé que no haré mal lo que los dos pretendéis. Un poco sé de latin de los récipes, y haré con esto poco que sé que tenga salud. *Lis.* En fin, has de encajar tus locuras, Beltran, en toda ocasion.
Ris. ¡ Por Dios que tiene razon! amor es todo aventuras. Entre estos encantamientos

ejecuta un disparáte.
Lis. ¿ No ves que es este un orate? destruirá mis pensamientos.
Ris. ¿ Cómo? *Lis.* En medio de tener puesta en su punto la cura, hará la cura locura con que me eche á perder.
Belt. ¡ Yo! ¿ Pues tiene Dios criado disimulo como el mio?
Lis. Dijeras mulo: y yo fio que lo hubieras acertado.
Belt. Prueba, intenta.
Ris. No temais: que Beltrán tendrá mas seso viendo que importa el suceso.
Lis. Ahora bien: los dos estais de ese parecer: yo digo que sea. Vente á vestir... ¿ Pero quién ha de decir que lo envia? *Ris.* Algun amigo.
Lis. ¿ De quién? *Ris.* Del padre.
Lis. Eso no, sino amigo de Belisa, á quien hoy la misma en misa su enfermedad le contó.
Ris. Vamos. *Lis.* Todas las razones te pienso hacer estudiar.
Belt. ¡ Mas que me vengo á quedar con doctor de opilaciones!

Vanse; y salgan Prudencio, viejo, y Octavio de camino, y Salucio, criado, con fieltro y maleta.

Prud. Dadme otra vez los brazos como deudo: que la primera vez fue como amigo.
Oct. Una y mil veces, mi señor Prudencio: que miro en vos el rostro de mi padre.
Prud. ¿ Con salud queda en fin? *Oct.* Para serviros... Lleva tú la maleta á la posada,
 Salucio. *Prud.* ¿ Qué posada? ¿ tal agravio quereis hacer á nuestra casa, Octavio?
 ¡ Oia, Leonor! ¿ no hay un criado en casa?

Sal Leonor, esclava.

Leon. ¿ Qué mandas? *Prud.* Toma luego aquesa ropa, y llama esa muchacha; y á su tia di que está aquí su primo. *Leon.* Muestre, amigo.
Sal. Quien á vuestra merced da la maleta, le diera... *Leon.* Diga. *Sal.* Toda la estafeta.
Oct. Bien me parece este lugar. *Prud.* Es cifra de todo lo mejor que tiene España. Danle gran magestad aquestas calles; y el aire saludable que las baña

es el mas importante cortesano.
Oct. ¡Notables edificios! *Prud.* Vanse haciendo.

Salen Teodora y Belisa.

Teod. Dadme, señor, las manos. *Oct.* ¡Oh, señora!

Prud. Vuestro sobrino regalad, Teodora:
 tu primo abraza tú. *Bel.* Seais bien venido.

Oct. Vos, mi señora, con el mismo ballada:
 por vuestro esclavo me tened: que es justo.

Bel. Por mi señor os tengo. *Prud.* Tan buen huésped
 ha de honrar esta casa muchos dias.

Oct. Segun la voluntad con que entro en ella
 y la merced tan grande que recibo,
 ya no me pesa del temor que todos
 me pusieron en esto del despacho:
 que dicen que en la córte los que vienen
 por un mes á negocios, si salieron
 de su casa mancebos y lozanos,
 ó se quedan en ella, ó vuelven canos.

Sale Leonor.

Leon. A la puerta está un doctor
 que me dice que te diga
 que lo envia cierta amiga
 de mi señora, señor.

Prud. Di que venga en hora buena.

Oct. ¡Doctor! ¿hay enfermo en casa?

Prud. No es nada; pero si pasa
 adelante dará pena.

Belisa de haber comido
 de este barro portugués...

Bel. Bien dice: que amor lo es, (*ap.*)
 que mi opilacion ha sido.

Prud. Sospecho que está opilada.

Oct. ¿Qué lástima y compasion!

Prud. Ahora es buena ocasion
 de curarla. *Teod.* ¿Qué no es nada!

Pienso que será peor
 ponerla en cura. *Bel.* Si acaso
 tuvieras á cada paso
 este desmayo y dolor,
 á fé que no lo dijeras.

Leon. El doctor entra, señor...

Prud. Llegá otra silla, Leonor.

*Salen Beltran de médico, gorra y
 capa, guantes en las manos, y
 unas sortijas en ellas, y con el Li-
 sardo de acompañante.*

Lis. Mira que has de hablar de veras.

Bel. Dios guarde á vuestras mercedes.
 ¿Qué es de la enferma?

Teod. Aquí está.

Lis. ¿Por dónde amor no entrará,
 lince de tantas paredes!

Belt. Doña Ines, cierta señora
 á quién en misa contó
 su mal Belisa, me habló
 entrando en su casa ahora,
 que tiene del mismo mal
 una niña. El pulso venga.

Bel. Yo le aseguro que tenga
 en él bastante señal,
 porque se me alborotó,
 despues que entró, mucho mas.

Lis. Si tú de esa suerte estás,
 gloria mia, ¿qué haré yo?

A fé que si me tomára
 el pulso á mi, que él me viera
 con calentura tan fierá
 que los dedos se abrasára.

Belt. Venga ese otro pulso: que este
 ya nos dijo la verdad.

Prud. ¿Si tendrá necesidad,
 señor doctor, que se acueste?

Bel. Sospecho que fuera bien;
 mas no es ahora razon:
 presto llegará ocasion
 en que el jarabe le den...
 Cuénteme ahora ¿qué siente?
 y dígame la verdad.

Bel. Siento una gran soledad
 de hablar y tratar con gente.
 Allégome á la ventana;
 y aunque mucha gente veo,
 no está allí lo que deseo,

y quitaseme la gana.
 Aquí sobre el corazon
 se me ponen unas cosas
 que me quitan enfadosas
 la vital respiracion.
 Cuando algo quiero gozar.
 se pone en la vista mia
 una cosa como tia
 que no me deja mirar.
 Digo como tia grande,
 y como viva persona
 que me cansa y apasiona
 de que no mirar me mande.
 Que no siendo con intento
 de ofender á Dios, jamás
 de esto de *no mirarás*
 no sé que haya mandamiento.
 Tras esto, la opilacion
 que esto me suele causar,
 tampoco me deja hablar,
 y apriétame el corazon.
 Querría hablar, y no puedo;
 mas ahora espero en Dios
 que tengo de hablar por vos,
 si desopilada quedo.

Belt. Aquí hay mucho que decir;
 mas no dá el tiempo lugar:
 yo haré que podais hablar
 y honestamente reir...
 Al subir cuesta, escalera,
 ú otra cosa, ¿qué sentis?

Bel. Siento ahogarme.

Belt. ¿No subís
 ligera? *Bel.* ¿Cómo ligera!

Belt. Ahora bien; pues vos podreis
 muy presto. Tan solo quiero
 que por ahora el acero
 cuatro mañanas tomeis,
 y os salgais á pasear
 al Soto, á Atocha, ó al Prado;
 pero con mucho cuidado
 de que el sol no os ha de dar.
 Porque allá Galeno dice
 que cuando acero *tometur*,
sol in capite non detur:
 que á la cura contradice.

Lis. ¿Maldigate Dios, amen!

si estos supieren latin,
 yo soy perdido. *Belt.* Y en fin
 mañana comienza bien.
 Porque ayer fué oposicion;
 y dice el doctor Laguna
 que *per opposita luna*
non fiat ulla emission.

Lis. ¿Otra locura? ¡Ay de mí!

Belt. Sin esto, desde este dia
 no habrá la melancolia
 de que lo mentais aquí,
 porque yo os quiero enviar
 músicos; y por ahora,
 esta sortija, señora,
 gran virtud ha de prestar.
 Pero tambien advertid
 que sin prenda no la doy,
 por que es, á fé de quien soy,
 agena. *Prud.* ¡Jesus! decid:

¿qué prenda quereis por ella?

Belt. Basta esa vuestra, Belisa.

Prud. Quitatela, niña, aprisa.

Bel. ¿Qué, hay tanta virtud en ella?

Oct. ¿Es uña de la gran bestia,
 señor doctor? *Belt.* No, señor:

otra hallaremos mayor

sin dar buscarla molestia.

Esta es de cierto animal
 que á las mugeres adora,
 y esta es la causa que ahora
 resulta en efecto igual.

Lis. En esta anduvo discreto:

bien mi sortija le dió:

bien la suya le tomó.

Belt. Mañana salga en efeto
 despues que tome hasta media
 escudilla reposada
 del agua bien acerada,
 que desopila y remedia,
 con el ir á pasear,
 todas las opilaciones.

A la tarde bendiciones
 pienso que me habeis de echar...
 Señor licenciado, mire
 el pulso de esta dama...

(*Llegue Lisardo y tome el pulso.*)

Es estudiante de fama... (*á Prud.*)

Llegue, pues; no se retire...

Está un poco vergonzoso (*á Prud.*)

como es ahora pasante.

Lis. Algo está febricitante,

intercadente y dudoso...

¡Hay tan gran atrevimiento

como decir bernardinas!

Belt. A ciertas damas vecinas

voy á ver. *Lis.* ¿Qué gloria siento!

Prud. Sírvase vuesa merced,

(*Váyale á dar dinero.*)

y perdone. *Belt.* No haré tal.

(*Rehuse... Tómelo.*)

Lis. ¿Tomástelo? *Belt.* ¿Pesia tal...!

Dios guarde á vuesa merced.

(*Vanse los dos.*)

Prud. ¿Quedas algo consolada?

Belt. Me ha dado tan gran consuelo, que parece que del cielo trajo la ciencia estudiada,

Prud. Hágase esta noche el agua, Teodora, por vida mia: porque antes que salga el día...

Leon. ¡Qué bien mi engaño se fragua!

Prud. Salga esta niña ácia el Prado con Leonor, que bastará,

Teod. ¡Sola con Leonor irá!

vaya con élla un criado, y yo iré tambien con élla.

Bel. ¡Perdida soy! *Oct.* Si quereis que la acompañe, tendreis un escudero. *Prud.* No es élla, Octavio, tan gran señora que ese escudero merezca; vamos á donde os ofrezca esta humilde casa ahora, no el aposento que os debe; pero el de su voluntad.

(*Éntrese el padre y ellas delante.*)

Oct. Para darme calidad vuestra misma sangre os mueve....

¡Ay, Salucio! ¡qué muger para propia! *Sal.* Si la estima tu amor, ponla para prima, que no es difícil de hacer.

Al instrumento deseo una prima es consonancia notable. *Oct.* Si es de importancia ser para sacarla Orfeo, haré, Salucio, lo mismo.

Sal. Poco espanto me dará: que cualquier amante está á las puertas del abismo.

Oct. De penas pierde el recelo, aunque su fuego me abraso, que si con élla me caso, pienso estar á las del cielo.

Vanse, y salen Marcela y Florencio.

Flor. Que guardes esa lealtad es muy conforme á quien eres: que es honra de las mugeres cuando tienen voluntad; pero es menester que el hombre pague en la misma moneda: que, si no, muy necia queda, y no merece otro nombre. Conservar lealtad á quien

no la ha guardado en su vida es necedad conocida;

y no vengarse, tambien.

Riselo sigue su gusto: sigue el tuyo, y no seas loca.

Marc. No pienso mover la boca aun para darle disgusto.

Del hombre la libertad

no se sujeta á opinion:

y en la muger es blason de su honra la lealtad.

Por si misma la muger está á ser buena obligada:

porque ser casta forzada no se debe agradecer.

Cuando por despique así venganza en mi amor hiciere,

¿quién duda, si lo perdiere,

que la tomaba de mí?

Demas que no eres testigo, Florencio, tan abonado

que crea yo que haya usado tan mal término conmigo.

Si tú de tu voluntad, movido de un noble zelo,

me dijeras que Riselo no me guardaba lealtad,

algun crédito te diera; mas si tú me solicitas,

bien es razon que permitas no darte crédito. *Flor.* Espera.

Marc. ¿Qué me puedes tú decir que todo no sea en razon de tu loca pretension?

Flor. ¿Qué has de perder por oír?

Marc. Lo mas que podré perder.

Todas las que se han perdido

fué solo de haber oido:

porque, á nacer la muger sin oidos, mas segura

por vuestro mar caminará.

Flor. Eso fuera si te hablára en tu ingenio y hermosura.

Quiérote hablar solamente en abono de mi honor.

Sabrás á quien tiene amor Riselo distintamente

después que tiene amistad tan estrecha con Lisardo,

un caballero gallardo de su traza y de su edad.

Traen requiebros los dos cerca de San Sebastian:

allí las flechas les dan, aunque ninguna por Dios.

Allí, ó á la Trinidad,
van dos señoras á misa:
una que llaman Belisa,
cuya hacienda y calidad
hace por dicha temer
á Lisardo en esta villa,
aunque es hidalgo, el pedirla
á su padre por muger:
es moza, cuyo despejo,
rostro, galas y tocado
no viene mal consultado
cada día con su espejo.
Sale de la iglesia haciendo
mil cayreles con el manto:
pisa firme, esgrime; y cuanto
va mirando, va rindiendo.
La otra dicen que es tia,
muger de mejor asiento:
no de aquel entendimiento
que parece argentería.
Hay fondo, y conformidad
de su prudencia y buen trato
con un hábito beato
que le causa autoridad.
Mas no sé si la anasaya,
que no sé si es estameña,
tiene de esta noble dueña
los pensamientos á raya:
porque la veo mirar
á Riselo atentamente,
como á hurto de la gente,
ya al salir y ya al entrar.
Ayer, al salir de misa,
las dos pasaron delante,
y puso en la pila un guante,
no sé á que efecto, Belisa;
pero sé que un picaron
lacayo, injerto en truhan,
que sirve al dicho galan
ya de Mentor, ya de alcon,
lo tomó disimulado,
y á los dos se lo llevó.

Marc. Aun no imaginaba yo
que era tanto mi cuidado.
¿En eso entiende Riselo,
y el amistad de Lisardo
vino á parar...? Ya ¿qué aguardo?
¿castigue su engaño el cielo!
Al principio imaginé
que era tu aviso ficción:
que una olvidada afición
es sospechosa en la fé.
Es el camino ordinario
de quien padece un desden
el decir que quiere bien

á otra muger su contrario.
Mas ahora que los cielos
me declaran la verdad,
no es ofender mi lealtad
tener de la suya celos.
¡Oh traidor! ¡qué por el gusto
de un amigo que acompaña,
pague mi amorosa hazaña
con este indigno disgusto!
Pues no ha de pasar así.
¿Sabes la casa? *Flor.* ¡Pues no!
Marc. Ven conmigo. *Flor.* Bien sé yo
que lo hallarás por allí.
Marc. Si muger de confianza
ha de hacer algun error,
no será interés ni amor:
Dios nos libre de venganza.

*Salen con capas de color, bizarros,
Lisardo, Riselo y Beltrán.*

Lis. ¡Oh cómo tardan! Riselo,
¿qué he de hacer?
Ris. Amor te valga.
Lis. Temo que de envidia salga
de este mi sol el del cielo.
Ris. Antes no saldrá si sabe
que es sol y que fuera está.
Belt. Las aves le cantan ya
á Belisa en voz suave:
»mañánicas floridas
»del mes de mayo,
»recordad á mi niña
»no duerma tanto.»
Lis. Campos de Madrid, dichosos
si sois de sus pies pisados:
fuentes, que, por ver la huerta
del Duque, subís tan alto:
cristales, que os asomais
buscando los blancos rayos
por las verdes celosías,
muros de los verdes cuadros:
hermosa alfombra de flores,
donde tejiendo y pintando
está la naturaleza
mas de cinco mil años:
arroyuelos cristalinos,
ruido sonoro y manso,
que parece que correis
tonos de Juan Blas cantando,
porque ya corriendo aprisa
y ya en las guijas de espacio,
parece que entráis con fugas,
y que sois tiples y bajos,
»recordad á mi niña